

EL EJÉRCITO ROMANO DEL BAJO IMPERIO

Ana de Francisco Heredero
Alumna de 5º de Licenciatura en Historia (UCM)

Resumen. Presentamos un análisis del ejército romano tardío, prestando especial atención a los cambios respecto del ejército imperial temprano. Estas transformaciones son el resultado de un proceso de evolución y adaptación como respuesta ante los nuevos problemas planteados por la evolución política interna y externa del Imperio.

Abstract. We present an analysis of the late Roman army, with special attention to changes from the early imperial army. These changes are the result of a process of evolution and adaptation in response to new challenges posed by the internal and external political evolution of the Empire.

Palabras clave: Ejército romano, Bajo Imperio, armamento romano, reclutamiento, poliorcética, barbarización del ejército.

Key words: Roman army, Late Empire, Roman weapons, recruitment, Poliorcetic, army barbarization.

Para citar este artículo: DE FRANCISCO HEREDERO, Ana, “El ejército del Bajo Imperio”, en *Ab Initio*, Núm. 2 (2011), pp.29-60, disponible en www.ab-initio.es

I. INTRODUCCIÓN

Problemas y transformaciones

La llegada de Augusto al poder sucedió mediante un baño de sangre y una guerra civil, pero supuso el comienzo de un régimen que otorgó a Roma una paz y estabilidad duraderas. Desde sus inicios, la época de Augusto se vio marcada por un impresionante esfuerzo de reorganización: se puso en práctica la llamada “estrategia del *limes*”; debía establecerse en él un ejército permanente y basado en un reclutamiento de calidad.

Pero además, el fundador del Imperio supo también acrecentar considerablemente el dominio heredado. Después de él, tenemos que esperar a Trajano y a Marco Aurelio para asistir a otras grandes campañas: la ofensiva contra los dacios y los partos del primero, y defensivas en el Danubio, en el caso del segundo. Septimio Severo renovó la tradición augusta: por una parte, efectuó algunas reformas, especialmente la autorización de los colegios y de que los soldados vivieran con sus “esposas”; por otra parte, llevó a cabo las últimas guerras importantes del Principado, en particular en Mesopotamia. Al final de esta época, el enemigo más

peligroso se encontraba al otro lado del Rin y del Danubio: eran los germanos; a continuación venían Irán y los partos arsácidas.

El siglo III fue testigo de un período de guerras civiles y crisis generalizada. Las usurpaciones se sucedían; era mucho más fácil alcanzar el trono que mantenerse en él. Muchos emperadores no duraron más que unos pocos meses; los reinados de más de una década constituían raros períodos de estabilidad. La amplia mayoría de los emperadores fallecía de muerte violenta, ya fuera asesinados o en combate contra rivales romanos o enemigos extranjeros. La situación se agravó cuando los persas sasánidas sucedieron a los partos arsácidas, y cuando el Imperio se vio atacado a la vez en dos frentes, por el norte y por el este. El desorden interno del Imperio fomentaba los ataques en casi todas las fronteras, con incursiones bárbaras de saqueo que penetraban en el interior de las provincias.

La crisis provocó una nueva transformación del ejército, una reacción ante las dificultades del momento. Correspondió a Galieno (253 – 268), tercer gran reformador del ejército romano, modificar el mando y la estrategia: debió admitir que los senadores no ocupaban ya un lugar en los campamentos. Por otra parte, pareció más eficaz efectuar concentraciones de tropas estáticas por detrás del *limes*.

A pesar del caos, la esencia del Imperio perduró. Las pérdidas territoriales, como la provincia de la Dacia y buena parte de Mesopotamia, fueron relativamente pequeñas. Sin embargo, existían signos crecientes de fragmentación política. En el pasado, algunos emperadores habían decidido gobernar conjuntamente con un colega o, a veces, se habían visto obligados a reconocer el derecho de otro hombre a gobernar una parte del Imperio, al menos temporalmente. A finales del siglo III, el principio de la existencia de más de una persona a cargo del Imperio fue aceptado formalmente. Diocleciano (284-305) llevó este sistema aún más lejos al establecer la tetrarquía, que dividía el Imperio en una parte occidental y otra oriental. Durante su reinado se acrecentó notablemente la masa de soldados. Después, Constantino concibió una nueva estrategia inspirándose, probablemente, en las ideas de Galieno: los cuerpos de combate esenciales se encontraron desde entonces en el interior del Imperio, alejados de las fronteras, que eran custodiadas por otras tropas. Estos rasgos de cantidad frente a calidad, estrategia basada en el establecimiento de tropas en el interior de las provincias y unos cuadros que ya no eran aristocráticos definen, según Yann le Bohec¹, las principales diferencias del ejército del Bajo Imperio respecto del ejército alto imperial, caracterizado éste por la estrategia del *limes*, con el ejército instalado en las fronteras, un encuadramiento aristocrático y un reclutamiento de calidad.

La división del poder imperial se reflejó en una fragmentación de la autoridad a todos los niveles. Las provincias se hicieron más numerosas, pero mucho más pequeñas: a finales del siglo IV, cada provincia del Principado había sido dividida

¹ LE BOHEC, Y., *El ejército romano*, Ariel, Barcelona, 2004, p. 361.

en cuatro o más regiones menores². Dentro de ellas, se separó el poder civil del militar, de modo que dejaron de existir figuras equivalentes a los antiguos gobernadores provinciales. Gran parte de la actividad militar en el Bajo Imperio se producía a una escala mucho menor que en tiempos anteriores: incluso los emperadores se veían envueltos en campañas locales de importancia menor.

El ejército del Bajo Imperio fue forjado en este contexto de debilitamiento de la autoridad central, frecuentes guerras civiles y serios problemas en muchas áreas de frontera. El ejército se fue transformando paralelamente a la sociedad y el sistema político. Mientras que Yann le Bohec afirma que “esa evolución desembocó en ruptura”³, Adrian Goldsworthy piensa que “no todo cambió, y probablemente hubo más continuidad que la sugerida en principio por la aparición de abundantes unidades y tipos de oficiales de nuevo cuño”⁴. En ciertos lugares, el cambio fue una cuestión de énfasis más que una transformación en esencia. Se mantienen muchos aspectos de la rutina diaria y del ritual militar. La estrategia del ejército siguió dominada por las expediciones ofensivas y punitivas, que eran organizadas casi de la misma manera en el siglo IV d. C. que en el siglo I d. C. Había algunas innovaciones tácticas, pero en la batalla el ejército tardío siguió mostrándose superior a los enemigos extranjeros, aunque probablemente este tipo de combate era menos frecuente que en el pasado. Del mismo modo, los métodos básicos de asedio seguían siendo similares, aunque se hizo más frecuente que los romanos fuesen los defensores en lugar de los sitiadores.

A pesar de todos estos rasgos que se mantuvieron, el presente trabajo se centrará en las principales diferencias entre el ejército bajo imperial y su predecesor, mucho mejor documentado, el ejército imperial temprano.

Fuentes para el estudio del ejército del Bajo Imperio

La principal fuente de información que tenemos para el estudio de la rama militar bajo imperial es la *Notitia Dignitatum*, documento oficial que enumera toda la jerarquía de cargos tanto políticos o civiles como militares. Contiene el orden de batalla del ejército romano al final del siglo IV. Se expone en él una lista de las bases militares y sus guarniciones, mostrando las insignias de cada unidad. Se trata de una de las mejores fuentes para conocer las insignias militares en cualquier período. Se le da una fecha de redacción entre el 395 d.C. y el 427 d.C., aunque es posible que pasara por distintas "actualizaciones" en función de las adaptaciones que sufrieran la administración y las fuerzas imperiales. El texto original ha desaparecido, pero nos ha llegado a través de cuatro manuscritos de los siglos XV y VXI que se hallan en Oxford, París, Viena y Munich.

Otras fuentes literarias para el siglo IV que nos hablan del ejército son las *Res Gestae* de Amiano Marcelino, cuyos libros cubren el período 353 a 378.

² CAMERON, A., *El Bajo Imperio Romano: 284-430 d. de C.*, Encuentro, Madrid, 2001, p. 50.

³ LE BOHEC, Y., *Opus. cit.*, p. 361.

⁴ GOLDSWORTHY, A., *El ejército romano*, Akal, Madrid, 2005, p. 201.

Marcelino, que era un soldado veterano, es considerado por los estudiosos como una fuente fiable y valiosa⁵. Pero en gran medida no corrige las deficiencias de la *Notitia* en lo que se refiere a las fuerzas del ejército y las unidades existentes, ya que rara vez se concreta sobre alguna. Otra fuente importante para el ejército bajo imperial es el conjunto de decretos imperiales publicados en el Imperio Romano Oriental en los siglos V y VI: el Código de Teodosio (438) y el *Corpus Iuris Civilis* (528-39). Estas compilaciones de leyes romanas que datan del siglo IV contienen numerosos decretos imperiales en relación con todos los aspectos de la regulación y administración del ejército tardío.

Así mismo contamos con la obra de Vegetius Renatus *Epitoma Rei Militaris*, datada a fines del siglo IV, un tratado en el que se describen los usos militares del ejército romano. Aunque contiene bastante información sobre el ejército tardío, está centrado en el ejército de la República y el Principado. Copiado con profusión, el texto ha sobrevivido íntegro hasta nuestros días.

La carencia de un número mayor de fuentes escritas subraya la importancia de otro tipo de fuentes documentales, como es la epigrafía. Yann le Bohec divide las fuentes epigráficas militares en tres grupos⁶. Los “diplomas militares” son copias certificadas conformes de constituciones imperiales que conceden la ciudadanía a soldados en el momento de la licencia. En segundo lugar tenemos los epitafios y, por último, las consagraciones (honoríficas, religiosas o conmemorativas); las consagraciones pueden haber sido colocadas a instancias de los *collegia militaria*, agrupaciones de militares licenciados. En ese caso recogen, tras la consagración propiamente dicha, los nombres de los miembros de la agrupación; como a menudo se ha dado el caso de que se ha encontrado sólo esta segunda parte, se habla de “listas militares” o *latercula*. Además contamos con algunos hallazgos de *ostraka* o tablillas de madera que nos dan información sobre la vida cotidiana y personal de los soldados.

Las fuentes numismáticas ilustran igualmente la historia del ejército romano. Unas, a través de sus leyendas exaltan legiones o ejércitos enteros cuyo soberano (o pretendiente) busca su apoyo. Otras difunden temas militares de propaganda imperial, la fidelidad de los ejércitos (*fides exercituum*), la disciplina, etc.⁷

En el plano de la arqueología, las excavaciones no nos proporcionan solamente inscripciones y monedas. Es muy importante el estudio de los monumentos funerarios y de las construcciones militares, el descubrimiento de fortalezas y murallas, y la observación de los cambios en las mismas en época tardía. También nos da importante información el conjunto de materiales que constituyen el

⁵ALONSO NÚÑEZ, J.M., *La visión historiográfica de Amiano Marcelino*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 1975.

⁶LE BOHEC, Y., *Opus. cit.*, p. 14.

⁷MATTINGLY, H. Y SYDENHAM, E. A., *The Roman imperial coinage*, vols. II-V, Spink & son, Londres, 2001

equipo militar, que nos permiten observar, por ejemplo, la evolución en el armamento.

Son de destacar los hallazgos de Dura Europos⁸, antigua fortaleza junto el Éufrates, datados a mediados del siglo III, que se erigen en una de las fuentes más importantes para alcanzar un conocimiento más o menos adecuado de del equipamiento de los soldados del período en esta zona del Imperio.

II. TRANSFORMACIONES DEL EJÉRCITO BAJO IMPERIAL

El ascenso del *eques*

Los senadores, siguiendo un *cursus honorum* que les otorgaba responsabilidad civil y militar por turno, habían sido tradicionalmente los comandantes del ejército. Sin embargo en época bajo imperial estos hombres van a dejar de tener funciones militares, dejando progresivamente sus puestos en el mando de los ejércitos a los caballeros. Desde el siglo II d. C. algunos emperadores, sobre todo Marco Aurelio, comenzaron a promover a oficiales ecuestres al mando de legiones, en primer lugar, y de ejércitos enteros, finalmente. Normalmente, estos hombres eran incluidos en el orden senatorial antes de obtener tales puestos, pero en el siglo III esa práctica cayó en desuso. El prefecto ecuestre reemplazaba al *legatus* senatorial al mando de una legión: con el tiempo, los *equites* acabaron siendo designados para dirigir ejércitos y gobernar provincias⁹. La mayoría de ellos eran oficiales de carrera, que pasaban mucho más tiempo en el ejército que los oficiales que seguían una carrera política tradicional.

Al principio, los emperadores habrían pensado que los oficiales ecuestres constituían una menor amenaza potencial, ya que carecían de las conexiones políticas de los emperadores. Sin embargo, en un momento en que el emperador debía pasar gran parte de su mandato en campaña con el ejército, este factor fue perdiendo importancia. Un oficial que pudiera obtener el apoyo de otros comandantes de importancia podía fácilmente lograr el asesinato del emperador vigente y tomar el poder. De hecho, la última parte del siglo III estuvo dominada por un conjunto de oficiales ecuestres de las regiones danubianas, que implantaban emperadores procedentes de su propio grupo y, a veces, acababan con ellos con la misma rapidez.

Ejércitos de campo y fuerzas estáticas

En el siglo IV las grandes provincias del Principado fueron reducidas a numerosos mandos militares regionales, de menor entidad. Además el ejército fue dividido en *comitatenses* o unidades de los ejércitos de campo y *limitanei* o fuerzas estáticas.

⁸ Para saber más sobre los hallazgos de Dura Europos, Vid. HOPKINS, C., *The Discovery of Dura Europos*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1979.

⁹ SOUTHERN, P., *The Roman Army: A Social and Institutional History*, ABC-Clío, Santa Bárbara, California, 2006, p. 245.

Los *limitanei* concentraban la mayor parte de las tropas, asignadas a la guarnición de un área determinada, habitualmente fronteras. Si estas fronteras no son terrestres, sino fluviales, entonces nos referimos a los *ripenses*. Este tipo de tropa de frontera procedería de un reclutamiento eminentemente local, y estaría bajo el mando de oficiales ecuestres, *duces* de cada región o *praepositi limitis*, cuyo mando no siempre coincidía territorialmente con los límites de las provincias.

Los *comitatenses*, unidades pertenecientes a uno de los ejércitos de campo o *comitatus*, estaban sujetos a las órdenes inmediatas de uno de los emperadores o sus directos subordinados. Era un ejército selecto, de élite, formado para la realización de ofensivas, campañas en el extranjero. En él primaba la caballería.

Los orígenes de este sistema no son claros, si bien podemos rastrear en el pasado la aplicación de medidas similares: por ejemplo, la creación por parte de Septimio Severo de un fuerte contingente acantonado a unos pocos kilómetros de Roma, formado por la guardia de infantería y caballería y por la Legio II Parthica, habiendo sido ésta trasladada desde el frente oriental. Otro suceso similar se da a mediados del siglo III, con el emperador Galieno, que crea un ejército de importancia establecido en Milán, el cual incluía una fuerte caballería. Los reinados de Diocleciano y Constantino parecen haber sido fases importantes en este proceso, pero no conocemos los detalles. La *Notitia Dignitatum*¹⁰ nos informa de que el Imperio oriental reunía cinco ejércitos de campo, dos de ellos asociados a la corte imperial, y siete *scholae* o regimientos de caballería de la guardia imperial. Cada uno de estos ejércitos estaba comandado por un Maestro de soldados, supeditado al emperador. Por su parte el Imperio occidental contaba con siete ejércitos, tres de los cuales eran relativamente pequeños. Cada uno de ellos estaba bajo el mando de un Conde, que había de responder ante un Maestro de Infantería y un Maestro de Caballería, siempre bajo las órdenes del emperador.

A veces las unidades *comitatenses* han sido consideradas reservas estratégicas móviles, capaces de desplazarse adonde los problemas lo requiriesen. A. Goldsworthy¹¹ señala que la mayoría de ellas estaban, con seguridad, establecidas bastante al interior de las provincias, a diferencia del ejército del Principado, desplegado principalmente en torno al perímetro del Imperio. El sistema alto imperial implicaba que, cuando el enemigo conseguía traspasar la frontera, se tardaba mucho en trasladar las tropas desde otras fronteras para combatirlo. Además, las fuerzas trasladadas dejaban desprotegidas las fronteras, de manera que éstas quedaban expuestas a nuevas incursiones. Si bien no se puede negar parte de verdad en este planteamiento, la opinión de Goldsworthy es que no se debe exagerar la movilidad de los *comitatenses*. Los ejércitos de campo, como los demás, no tenían una velocidad superior a la de un infante en marcha, la cual, además, era limitada por la capacidad de desplazamiento de su tren de carga. Pero

¹⁰ *Not. Dignit. Or.*, II; Vid. GOODBURN, R., BARTHOLOMWE, P., *Aspects of the 'Notitia Dignitatum'*, Oxford, 1976; NEIRA FALEIRO, C., *La "Notitia Dignitatum": nueva edición crítica y comentario histórico*, Tesis doctoral dirigida por Javier Arce, Universidad Complutense de Madrid (1998).

¹¹ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 202.

sí tenían estos ejércitos la ventaja de no estar vinculados a una región en particular. En época del Principado las legiones, sobre todo, realizaban tal cantidad de funciones, que su desplazamiento a otras áreas para el combate provocaba serios problemas administrativos. Por ello se recurrió frecuentemente al uso de destacamentos de legionarios en vez de legiones enteras. El traslado del ejército de campo en época tardía ya no daba lugar a esas complicaciones, pero es muy discutible hasta qué punto esas tropas suponían una reserva estratégica para la totalidad del Imperio. Lo que es innegable es que proporcionaban una poderosa fuerza para proteger al emperador de la amenaza interna de los usurpadores en una época de habituales conflictos internos.

La historiografía tradicional ha representado a los *limitanei* como milicias locales que desempeñaban un papel de soldados-campesinos de manera no continuada, en cierto modo más parecidos a los soldados republicanos que a los legionarios profesionales del Principado. Esta perspectiva es errónea. Los *limitanei* eran unidades regulares de tropas entrenadas, que sólo se diferenciaban de los *comitatenses* en su estatuto. Su función era la de guardar las fronteras, y a veces la de vigilar algunas zonas con problemas de desórdenes internos. Los *limitanei* no tendrían que enfrentarse a incursiones de importancia o a invasiones, para lo cual su número no sería adecuado, sino que habrían de enfrentarse a conflictos a menor escala, y todo apunta a que eran eficaces. En ciertas ocasiones, algunas unidades de *limitanei* funcionaban adjuntas a *comitatus* y operaban con efectividad. En el caso de que esta adscripción se hiciese permanente, las unidades pasaban a llamarse *pseudocomitatenses*.¹²

Las Unidades

La *Notitia Dignitatum* recoge una amplia gama de unidades diferenciadas, que trataremos de clasificar de la siguiente manera:

1. Unidades de los ejércitos de campo (*comitatenses*, unidades de línea o fuerzas imperiales)¹³:
 - a. Infantería:
 - i. Legiones:
 1. *Seniores*: unidades veteranas.
 2. *Iuniores*: unidades noveles.
 - ii. *Auxillia pallatina*: posiblemente fueron creación de Constantino¹⁴
Suponen un avance fundamental hacia la utilización de reclutas germanos ajenos al Imperio. Sin embargo compartían muchas características con las cohortes auxiliares del Principado. Al parecer, en estos momentos había pocas diferencias entre infantería

¹² GOLDSWORTHY, A., *Roman Warfare*, Cassel, Londres, 2000.

¹³ *Not. Dignit. Or. V.*; *Not. Dignit. Occ.V.*

¹⁴ SPEIDEL, M. P., "Raising New Units for the Late Roman Army: *Auxilia Palatina*", en *Dumbarton Oaks Papers*, Núm. 50 (1996), pp. 163-170.

legionaria y auxiliar en lo que concierne al equipamiento y sus tácticas.

- b. Caballería:
 - i. *Vexillationes comitatenses*: regimientos comunes.
 - ii. *Vexillationes pallatinas*: regimientos de élite, de mayor sueldo y rango.

Dentro de las *vexillationes*, unas pocas unidades reciben el título aparentemente honorífico de *comites* (compañeros). Además encontramos unidades especiales de *cataphracti* y *clibanarii*, caballería acorazada. La distinción entre ambos términos no está clara. El grueso del resto de las unidades de caballería romanas se llama:

1. *Scutarii*
2. *Promoti*
3. *Stablesiani*

Unas pocas unidades de infantería y caballería entre las *comitatenses* eran equipadas a otra del mismo tipo para formar una brigada. No sabemos si tales unidades tenían un comandante permanente, pero parece que era extraño que se separasen.

Con frecuencia todos los tipos de unidades aparecen en las fuentes como *numeri*.¹⁵ Esta vaga etiqueta también se utiliza para nombrar a las unidades extranjeras o *foederati*. Reclutadas inicialmente a partir de un único grupo étnico, y habitualmente especializadas en una técnica de combate particular, con el tiempo tendían a reclutar sus fuerzas entre cualquier grupo humano disponible, asimilándose en el ejército regular hasta no distinguirse de él.¹⁶

2. Fuerzas estáticas (*limitanei*)¹⁷:
 - a. Infantería:
 - i. Legiones, divididas casi siempre en destacamentos:
 1. *Seniores*: unidades antiguas, 6.000 hombres.
 2. *Iuniores*: unidades nuevas, 1.000 hombres.
 - ii. *Alae* auxiliares: 500 hombres.
 - iii. Cohortes: 500 hombres¹⁸.
 - b. Caballería, dividida en escuadrones de 50 a 100 hombres:
 - i. *Cunei equitum*: “caballería en cuña”.
 - ii. *Equites*:
 1. *Seniores*

¹⁵ *Not. Dignit. Occ.* VII, XXVIII, XXXIX; *Not. Dignit. Or.* V, VIII-IX; VEGET., *Epit.* II, 8 y III, 15, 9.

¹⁶ SOUTHERN, P., “The Numeri of the Roman Imperial Army”, en *Britannia*, Núm. 20 (1989), pp. 81-140.

¹⁷ *Not. Dignit. Occ.*, XXV-XXVI, XXX-XXXI.

¹⁸ Las cohortes se sitúan al mismo nivel que las legiones y las *alae*, cuando son subdivisiones de éstas.

- 2. *Iuniores*
- iii. *Alae*:
 - 1. *Primae*
 - 2. *Secundae*
- c. *Numeri* (unidades sin especificar).
- 3. Otras unidades:
 - a. Fuerzas de segunda línea (pseudocomitatenses)¹⁹: antiguas tropas de frontera, ahora parte del ejército de campo.
 - b. Regimientos de guardia imperial o *scholae*, 12 en total, de 500 hombres cada una.²⁰ En ciertos períodos también servían con los ejércitos de campo, aunque formalmente no pertenecen a ellos²¹.
 - c. Por primera vez en la historia de Roma, aparecen unidades especializadas en artillería. No obstante es bastante probable que muchas unidades ordinarias siguiesen empleando catapultas, especialmente en la defensa de fuertes o ciudades.²²
 - d. Escuadrones navales, que tanto los *comitatenses* como los *limitanei* incluían donde fuese necesario.
 - e. Arqueros o *sagittarii*, unidades –tanto a pie como a caballo, siendo este el caso de los *mauri* o los *dalmatae*- que aparecen particularmente mencionadas en la *Notitia Dignitatum*.²³ A pesar de esta mención especial, parece probable que una proporción de soldados en las otras unidades también estaría entrenada y equipada para el uso del arco.

Tamaño de las unidades y total de efectivos

La documentación referida al tamaño de las unidades, y sobre todo a su organización interna, es muy escasa. Por otra parte, conviene señalar que se tiende a presuponer la existencia de un sistema de tamaño de las unidades rígido, del cual no tenemos indicios sólidos. A nuestro modo de ver, la falta de tales evidencias es posiblemente un signo de que tal sistema otorgaba a las unidades un tamaño flexible, que quizá variase en función de las necesidades o de las posibilidades del momento.

En cualquier caso, de los pocos testimonios con que contamos podemos extraer que, en general, el tamaño de las unidades se reduce. La legión de alrededor de 5.000 efectivos, bien documentada en épocas anteriores, deja de existir en el Bajo Imperio, aunque no podemos determinar con seguridad en qué momento lo hizo, ni tampoco las causas. Vegecio afirma que, al menos en tiempos de Diocleciano, algunas legiones mantenían hasta 6.000 efectivos²⁴. En general, se acuerda para

¹⁹ *Not. Dignit. Or.* VI-VII, IX

²⁰ *Not. Dignit. Or.* XI, XVIII, XXI-XXIII; *Not. Dignit. Occ.* IX.

²¹ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 203.

²² *Ibidem*, p. 205

²³ *Not. Dignit. Or.* V-IX, XI, XXVIII, XXXI-XXXVIII, XLI; *Not. Dignit. Occ.* V-XIX, XXIII, XXXIV.

²⁴ VEGET., *Epit.* II, 6.

una legión de un ejército de campo un número de efectivos en torno a 1.000 ó 1.200 soldados durante el siglo IV²⁵. En cuanto a los *auxillia pallatina*, estos es posible que alcanzasen el mismo tamaño, o bien que rondasen los 500 ó 600 individuos. Las *vexillationes* de caballería parece que tendrían 600 jinetes. Las *scholae*, como ya se ha dicho, estaban formadas por 500 soldados (citas). Pero estas estimaciones no son más que teóricas, pues las pocas evidencias parecen apuntar a que cada unidad sólo contaría con dos tercios de su totalidad al mismo tiempo. La falta de evidencias acerca de las unidades de *limitanei* no nos permite determinar si tenían un número de efectivos parejo al de las unidades de campo.

En cuanto al número total de efectivos militares en el Bajo Imperio, las tradicionales estimaciones de A. H. M. Jones basadas en la obra de Agatías, autor del siglo VI, han sido desechadas. Agatías daba un total de 645.000 efectivos para el ejército “de los viejos tiempos”, refiriéndose supuestamente al de época de Constantino²⁶. Jones estimó que el número que daba Agatías incluía las fuerzas navales, y basándose en sus propios cálculos sobre la *Notitia Dignitatum*, propuso un total de 600.000 efectivos.²⁷

Finalmente se impuso la revisión de R. Duncan-Jones, que consideró que Jones había sobreestimado el tamaño de las unidades entre dos y seis veces²⁸. Las cifras de Duncan-Jones reciben el apoyo de un corpus importante de pruebas arqueológicas de todas las fronteras imperiales que sugieren que las fortalezas tardías fueron diseñadas para acomodar guarniciones mucho más pequeñas que sus predecesoras del Principado. Cuando estos sitios se pueden identificar con fuertes enumerados en la *Notitia*, el resultado es que las unidades residentes eran también más pequeñas. Los ejemplos incluyen la *Legio II Herculia*, creada por Diocleciano, que ocupaba sólo una séptima parte de una base militar típica del Principado. En Abusina en el Rin, la *Cohors III Brittonum* fue ubicada en una fortaleza que constituía sólo el 10% del tamaño del antiguo fuerte de época de Trajano. Estas evidencias deben ser tratadas con cautela, ya que la identificación de sitios arqueológicos con topónimos de la *Notitia* es a menudo provisional, y algunas veces las unidades en cuestión pueden ser destacamentos (la *Notitia* suele mostrar la misma unidad en dos o tres lugares diferentes al mismo tiempo)²⁹. Sin embargo, el peso de la evidencia arqueológica favorece tamaños pequeños para las unidades de frontera.

Al mismo tiempo, los trabajos más recientes han sugerido que el ejército regular del siglo II era mucho más grande que el total de 300.000 efectivos

²⁵ COELLO, T., “Unit sizes in Late Roman Army”, en *British Archaeological Reports International Series 645, Tempus Reparatum*, Oxford, 1996, p. 65.

²⁶ AGATIAS, Historia, V. 13.7–8; JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire, 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey*, The John Hopkins University Press, 1986, p. 680.

²⁷ JONES, A. H. M., *Opus. cit.*, p. 683.

²⁸ DUNCAN-JONES, R., *Structure and Scale in the Roman Economy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pp. 105-117.

²⁹ *Ibidem*, p. 117.

tradicionalmente asumido.³⁰ Esto se debe a que los auxiliares del siglo segundo no sólo eran iguales en número a las legiones como a comienzos del siglo primero, sino el doble de grandes que algunas de ellas. El ejército del Principado probablemente llegó a tener 450.000 efectivos (sin contar flotas y *foederati*) a finales del siglo segundo³¹. En todo caso, las estimaciones de las fuerzas del ejército del Principado se asientan sobre la base de muchas pruebas más firmes que en el período bajo imperial, donde las cifras son mucho más especulativas.

El armamento y su reflejo en las tácticas

Los cambios en el armamento del ejército romano tienen su máxima representación en el abandono, desde el siglo III, de *gladius* y *pilum* en favor de *spatha* y *lancea*, así como el gradual abandono de la *lorica segmentata*. Estos cambios se reflejan en una importante transformación de las tácticas de combate de la legión, que se desarrollaron hacia formaciones más compactas tipo falangítico, si bien se conservó la flexibilidad táctica.³²

A partir del reinado de Galieno (253 – 268) el aumento de los problemas en las fronteras y la fuerte inestabilidad interna del Imperio dieron lugar a la obstaculización de las vías de distribución del equipo militar desde las *fabricae* imperiales hasta los lugares donde se encontraban las tropas, lo que se refleja en una falta de uniformidad en equipamiento³³.

Respecto al equipamiento defensivo, tradicionalmente se ha aceptado que este se aligeró a partir del siglo III. Estas afirmaciones se basaban en el supuesto abandono en este siglo de cascos y corazas. Sin embargo, los últimos estudios³⁴ han demostrado lo contrario. Se han producido hallazgos que hacen suponer que la mayor parte de los infantes utilizaba yelmo, coraza y escudo. Además, algunas unidades de caballería tenían armaduras incluso más pesadas que las de infantería. Es el caso de *cataphracti* y *clibanarii*, unidades en las que, tanto el jinete como el caballo, utilizaban fuertes armaduras.

Comenzaremos el análisis del equipo defensivo por el escudo (*scutum*). A mediados del siglo III d. C. se constata el abandono en las legiones de los modelos de *scutum* de épocas precedentes, principalmente del *scutum* rectangular, en favor

³⁰ HOLDER, P. A., “Auxiliary Deployment in the Reign of Hadrian”, en WILKES, J. J., *Documenting the Roman Army. Essays in Honour of Margaret Roxan*, Institute of Classical Studies, Londres, 2003.

³¹ MACMULLEN, R., “How Big was the Roman Army?”, en *Klio*, Núm. 62 (1980), pp. 451-460.

³² MENÉNDEZ ARGÜÍN, A. R., “Evolución del armamento del legionario romano durante el siglo III y su reflejo en las tácticas”, en *Habis*, Núm. 31 (2000), p. 327.

³³ BISHOP, M. C., “The Production and Distribution of Roman Military Equipment. Proceedings of the Second Roman History Equipment Research Seminar [B.A.R.275.]”, en *British Archaeological Reports*, Oxford, 1985.

³⁴ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 205; ARGÜÍN, A. R., “Evolución del armamento del legionario romano durante el s. III d. C. y su reflejo en las tácticas”, en *Habis*, Núm. 31, Sevilla, 2000.

de los modelos de forma oval, más o menos amplios y cada vez más planos. Es posible que esto se deba al auge en el siglo III d. C. de las tácticas de escudos entrelazados (*synaspismós*), a las que los escudos ovales planos se adaptarían mejor. Los escudos romanos, no obstante, estaban provistos de un umbo circular de metal en el centro, por lo que estaban pensados para la lucha individual cuerpo a cuerpo y no eran aptos para acometer una táctica de falange de estilo griego, es decir, no servían para empujar unas filas sobre otras.³⁵

En cuanto a los cascos, en el siglo II d.C.³⁶ se produce una fusión de las influencias galas e italianas en la fabricación de yelmos para las legiones que da lugar a un mayor grado de estandarización y simplificación. Comienza a difundirse un modelo de casco que, caracterizado por su sencillez de ejecución, practicidad y bajo coste, se empleó en Europa durante toda la Antigüedad tardía: el *spangenhelm*. Este yelmo se caracteriza por su construcción en segmentos, generalmente cuatro, unidos entre sí, lo que facilitaba su producción en serie. Contaba con carrilleras articuladas y podía o no tener cubrenuca. Por tanto, se pasa de los modelos altoimperiales en una sola pieza y cuidadosamente elaborados por artesanos independientes, a un nuevo sistema que desembocó a partir de Diocleciano en las *fabricae* imperiales³⁷, en un intento de paliar el deterioro de las estructuras tradicionales de producción.

Las protecciones corporales favorecen mucho el cuerpo a cuerpo de la infantería pesada. La coraza debía ser lo suficientemente resistente para proteger al portador, pero no debía impedir su movilidad. Si bien durante el siglo III d. C. continúan en uso los tres tipos de coraza conocidas y empleadas en el ejército romano del Alto Imperio, progresivamente se fue abandonando la *lorica segmentata* (coraza de placas) a favor de las cotas de escamas y de malla:³⁸

- *Lorica hamata* (cota de malla): constituye éste un tipo de coraza elaborada a partir de pequeños anillos de metal enlazados entre sí que cubre por completo el tronco de su portador y que puede extenderse por debajo de la cintura hasta los muslos. Se observa en el caso de la infantería pesada la prolongación de las mangas a veces hasta llegar a las muñecas, y la extensión de la cota en su parte superior hasta la cabeza, llegando a cubrirla como una especie de cofia. Este tipo de protección era bastante pesada, oscilando entre los ocho y los catorce quilos. En cuanto a sus características defensivas, la malla ofrecía una aceptable protección frente a los golpes de punta y una buena protección contra los golpes de filo, si bien el golpe de la espada podía provocar que las anillas de la coraza se clavasen en la piel produciendo heridas. Para evitarlo se empleaba, probablemente de forma general, una especie de vestimenta protectora bajo la coraza (*thoracomachus*). La malla ofrecía también una buena protección contra flechas y proyectiles. El sistema de fabricación

³⁵ MENÉNDEZ ARGÜÍN, A. R., *Opus cit.*, p. 332.

³⁶ CONNOLLY, P., *Las legiones romanas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.

³⁷ BISHOP, M. C., *Opus cit.*

³⁸ MENÉNDEZ ARGÜÍN, A. R., *Opus cit.*, p. 327.

empleado era el de anillos entrelazados, lo que suponía un trabajo complejo y lento; no era precisamente un modelo de protección corporal barata y necesitaba, además, artesanos más o menos especializados para atender a su mantenimiento.

- *Lorica Squamata* (coraza de escamas): este tipo de protección corporal se caracteriza por la aplicación de pequeñas piezas de metal, con forma de escama más o menos grande engarzadas entre sí, a una pieza inferior (de lino o cuero) que actúa como base para mantenerlas en posición. La capacidad de movilidad y las cualidades defensivas eran bastante inferiores a las de la malla. Las escamas no poseían el grosor suficiente como para hacer frente a un buen golpe de filo, y esta coraza podía ser atravesada con relativa facilidad por un golpe de punta tanto de espada como de lanza. A pesar de ello, este tipo de protección, empleada por legionarios y por auxiliares, se extendió bastante, llegando incluso a convertirse en la armadura de los pretorianos, dada su principal ventaja: su bajo coste y facilidad de fabricación y mantenimiento, que no requería artesanos especializados y podía ser reparada por los propios soldados. Esto ha llevado a afirmar a algunos autores como Robinson que la coraza de escamas sería la protección defensiva ideal cuando había que armar eficazmente a miles de soldados pero a un coste lo más reducido posible.

En cuanto al armamento ofensivo del legionario, ya desde el siglo II d. C. empezaron a aparecer armas que, hasta el momento, no habían formado parte de su equipamiento, como la espada larga o la *lancea*, que a lo largo del siglo III d. C. coexisten con el *pilum* y el clásico *gladius*, a los que van ganando progresivamente terreno.

El *pilum* o jabalina pesada es un arma arrojada caracterizado por tener una punta de metal, que iba unida a un asta de madera, alcanzando el arma una longitud de aproximadamente unos dos metros. También podía utilizarse como una lanza en caso de necesidad. El *pilum* se caracterizaba por su capacidad de penetración; a veces, tras la fijación del metal a la madera, se colocaba una bola de plomo que actuaba como sobrepeso para aumentar esa capacidad, disminuyendo no obstante el recorrido de la misma. El alcance eficaz del *pilum* se ha situado en unos 30 metros y sus efectos se han comparado con la preparación de artillería de los modernos conflictos armados, pues el objetivo era quebrantar al enemigo antes del choque.³⁹

Vegecio nos informa de que este tipo de arma era conocida en su época con el nombre de *spiculum*⁴⁰; en esta versión el asta se había alargado en detrimento de la punta metálica, que era alargada y de sección triangular. De esta manera, el alcance era mayor. La desventaja del *pilum*, además de su corto alcance, era su

³⁹ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 29; MENÉNDEZ ARGÜÍN, A. R., *Opus cit.*, p. 336.

⁴⁰ VEGET., *Epit.* II, 15, 5.

coste de producción. Continuó su uso durante el siglo III d. C., si bien cesó de ser el arma de asta prioritaria de los legionarios⁴¹.

La *lancea*, por su parte, es una jabalina más ligera que el *pilum*, con una punta mucho menor, pero también una capacidad de penetración inferior a éste. Generalmente se utilizaba con un propulsor de tiras de cuero, *amentum*, para incrementar su alcance eficaz. La *lancea* podía ser utilizada tanto para arrojarla como para blandirla. Se habría adoptado en un intento de paliar ese escaso alcance del *pilum* tradicional, si bien otra razón habría sido el ya mencionado coste de fabricación de este último. La *lancea*, sin embargo, no podía funcionar como el *pilum*, si bien sometería al enemigo a una lluvia de proyectiles desde una mayor distancia.⁴²

Respecto a las armas de filo, la *spatha* había sido empleada durante el Principado tanto por las unidades de infantería pesada auxiliar como por las de caballería, pero desde finales del siglo II d. C. empieza también a extenderse entre las unidades de infantería legionaria, para desplazar al *gladius* como tipo principal de espada legionaria en el Bajo Imperio. La *spatha* se caracterizaba por una longitud de hoja algo superior a la del *gladius* que oscilaría entre los 60 y 70 cm. y una anchura variable, de cuatro a seis centímetros. Manifiesta una influencia bárbara considerable, si bien las mejores piezas se fabricaban dentro del Imperio.

Al igual que el *gladius*, contaba con una empuñadura en tres piezas, que sólo se diferenciaba en los motivos decorativos de pomo y guarda. Otro cambio importante se va a producir en la forma de llevar esta espada. Ahora el soldado la porta sobre el costado izquierdo, sujeta a un tahalí (*balteus*) y no del cinturón.⁴³ La *spatha*, a pesar de ser un arma potente pensada para los ataques de filo, no puede despreciarse como arma de estoque. Las causas de sustitución de un arma por la otra no están nada claras. Según Menéndez Argüín,⁴⁴ pudo tener relación con la modificación en las armas arrojadas del legionario, con menor poder de penetración que antes, por lo que no quedaban suficientemente enganchadas al escudo para que el oponente tuviera que arrojarlo; para el combate contra un enemigo cubierto de escudo puede que la *spatha* y sus golpes de filo propinados con fuerza fuera más efectiva que el *gladius*. Por otra parte el *gladius*, al ser más corto, tenía un radio de acción más reducido.⁴⁵

Se añaden a partir del siglo III d. C. nuevas armas arrojadas, como la *plumbata*, una especie de flecha de aproximadamente un metro de longitud con una punta de metal alargada, lastrada en su extremo inferior con abultamiento de plomo que ejerce de contrapeso y aumenta su capacidad de penetración. Parece que la forma

⁴¹ BISHOP, M.C., COULSTON, J. C. N., *Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome*, Batsford, Londres, 1993.

⁴² MENÉNDEZ ARGÜÍN, A. R., *Opus cit.*, p. 337.

⁴³ SOUTHERN, P., *Opus cit.*, p. 6;

⁴⁴ MENÉNDEZ ARGÜÍN, A. R., *Opus cit.*, p. 338.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 338.

de arrojarlas para lograr un mayor recorrido era por debajo del brazo, alcanzándose con poco esfuerzo los 60 m. Vegetio afirma que este tipo de proyectiles (a los que llama *mattiobarbuli*)⁴⁶ eran empleados con gran destreza por dos legiones ilirias ya en época de Diocleciano, y su uso debió de extenderse en el ejército romano a lo largo del siglo IV d. C. Tenemos hallazgos de *plumbatae* en contextos fechados durante los siglos IV y V d. C.

Por último, la daga (*pugio*), extendida entre los legionarios del siglo I d. C., experimenta un nuevo auge en el siglo III. La prueba de ello es el hallazgo de un depósito en Künzing, datado de este siglo.⁴⁷ Puede que el resurgimiento de la daga obedeciese a la necesidad de contar con un arma corta para la *melée* cerrada, a la que se adaptaría peor la *spatha*.⁴⁸

Una vez realizado este análisis de los cambios en el armamento, procederemos a analizar su reflejo en las tácticas de los soldados. Con la adopción de formas de combate más compactas, el ejército evoluciona, de la formación tradicional en cohortes de época tardo republicana y alto imperial, hacia tácticas que han sido calificadas de falangísticas. La táctica de falange basa en el empleo de infantería pesada equipada con pica y escudo en orden cerrado. Para Vegetio, la formación de la infantería debía ser en orden muy cerrado y su función aguantar como una muralla la embestida del ejército enemigo⁴⁹. Vemos, por tanto, como en el siglo IV d. C. el ejército romano ha completado una evolución hacia formas de combate mucho más compactas, ya perfectamente asimiladas y estandarizadas en época de este autor.

Desde el siglo III d. C. tenemos noticia de la creación por parte de algunos emperadores de falanges compuestas por varias legiones, siempre en la zona oriental del Imperio. Parece que la formación cerrada en falange conoció un importante desarrollo a partir de esta época, si bien esto implica forzosamente el abandono de las técnicas anteriores. Wheeler defiende que legión y falange no eran dos sistemas tácticos completamente opuestos⁵⁰; los romanos desarrollaron la legión a partir de la falange etrusca, y la capacidad de adaptación romana hizo que se volviera a ella cuando cambió el estilo de guerra. La falange, si bien su carácter es predominantemente defensivo, no por ello carece de poder ofensivo siempre que las tropas empleadas en su formación hayan recibido la instrucción adecuada para mantener las líneas y las filas lo más compactas posibles.

Las diferencias entre la frontera oriental y la europea son muy significativas en este aspecto. Los ejércitos partos y persas estaban compuestos esencialmente por caballería ligera (arqueros montados) y pesada (*clibanarii*). Ante estas tropas la

⁴⁶ VEGET., *Epit.* I, 17.

⁴⁷ HERMANN, F. R. "Der Eisenhortfund aus dem Kastell Künzing", en *Saalburg Jahrb.*, Núm. 26 (1969), pp. 129-141.

⁴⁸ MENÉNDEZ ARGÜÍN, A. R., *Opus cit.*, p. 339.

⁴⁹ VEGET., *Epit.* III, 14.

⁵⁰ WHEELER, E. S., "La legión como falange", en *Chiron*, Núm. 9 (1979), pp. 303-318.

infantería pesada era poco eficaz, si bien prácticamente invencible en el cuerpo a cuerpo. Por ello, la infantería ligera y la caballería se vuelven esenciales a la hora de realizar operaciones ofensivas. Las legiones formarían una masa compacta capaz de resistir las embestidas de la caballería parto-persa y proporcionando a las restantes tropas un punto de apoyo seguro durante la batalla. Otro aspecto a tener en cuenta es que el terreno en las campañas orientales era mucho más apto para amplias formaciones de este tipo.⁵¹

Fortificaciones

La técnica poliorcética dio un salto evolutivo de gran magnitud en el siglo III. En comparación con los siglos anteriores, en el Bajo Imperio se invirtieron esfuerzos mucho mayores en la construcción de fortalezas. Se reforzaron las bases militares anteriores y fueron construidos muchos fuertes nuevos. Además se fortificaron muchos pueblos y ciudades, entre ellas Roma y su hermana oriental, Constantinopla⁵².

La potencia de las murallas se hizo mayor, con unos tres metros de grosor, y también la altura, alrededor de los nueve metros. En ocasiones éstas incluían plataformas para la artillería: la catapulta de torsión con dos brazos para disparar flechas (la *ballista*) o el *onager* o escorpión de un solo brazo para lanzar piedras. Frecuentemente el parapeto de la muralla presentaba almenas, para una mejor protección de los defensores frente a los proyectiles de los atacantes⁵³.

Las torres solían ser redondas, aunque también las había cuadradas o en abanico, y estaban construidas para proyectarse hacia el exterior de los muros, permitiendo que los defensores arrojasen elementos incendiarios sobre los atacantes. Las torres estaban situadas generalmente a unos treinta metros unas de otras⁵⁴. Mientras que las *fossae* de períodos anteriores eran de sección en V, ahora tienden a ser más anchos y con el fondo plano⁵⁵. Contaban además con una mayor profundidad, de unos tres metros de media, y estaban situados más lejos de la muralla con el fin de crear una zona de muerte. Estos fosos dificultaban la llegada del equipo de asedio (escaleras, arietes y otras máquinas) a los muros. Además se concentraba a los atacantes en un lugar cerrado (entre el foso y la muralla) donde serían expuestos al fuego de proyectiles arrojados desde lo alto de los muros. Los accesos a la muralla son ahora más estrechos y mejor defendidos.

Las puertas, flanqueadas por dos torres, una a cada lado, estaban proyectadas hacia el exterior, permitiendo que los defensores disparasen en el espacio de la entrada situado delante de la puerta. Generalmente estaban construidas de madera,

⁵¹ MENÉNDEZ ARGÚÍN, A. R., *Opus cit.*, p. 343.

⁵² ELTON, H., *Warfare in Roman Europe, AD 350-425*, Clarendon, Oxford, 1996, pp. 161-171.

⁵³ *Ibidem*, p. 163.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 162-163.

⁵⁵ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 206.

cubiertas con placas de metal para evitar la destrucción por el fuego. En algunas puertas había rastrillos⁵⁶.

A partir del siglo III se construyen numerosos muros cortina para proteger muchos pueblos y ciudades en las provincias. Según Goldsworthy, en algunos casos parece improbable que la comunidad se enfrentase a un verdadero peligro, pero la urgencia de fortificar puede perfectamente reflejar la inseguridad de aquellos tiempos, además de una competición entre ciudades en busca de prestigio.⁵⁷

Mientras que las defensas de las bases militares eran mucho más formidables que en el pasado, los propios sitios eran bastante más pequeños. Muchas bases legionarias, como las de Chester o Caerleon en Britania, fueron abandonadas y nunca se construyeron nuevas instalaciones de tamaño comparable. Los nuevos fuertes se construyen generalmente con planta cuadrada, en lugar de la tradicional forma de naípe. Algunos de los fuertes existentes continuaron en uso, pero su tamaño se vio drásticamente reducido. Estas tendencias pueden ser un síntoma del tamaño generalmente menor de las unidades del ejército de este período.⁵⁸

Algunos autores, siguiendo la estela Luttwak,⁵⁹ ven la red de fortificaciones autónomas bajo imperiales como primer ejemplo de una estrategia de defensa en profundidad de Occidente, al servicio de dos objetivos: primero, que cada fortaleza albergara fuerzas de campaña móviles capaces de amenazar los movimientos y las líneas de abastecimiento del invasor; segundo, que si un enemigo se disponía al asedio de una de las fortificaciones, ésta pudiera convertirse en un bastión contra el que el ejército principal de campaña aplastaría al invasor. La potencia de estas fortificaciones junto con su localización, en lugares elevados, hacía muy difícil su captura. Serían necesarios grandes ejércitos bien equipados con máquinas de asedio y medios para mantener el sitio, elementos de los cuales generalmente carecían los ejércitos bárbaros. Según Goldsworthy, la construcción de fortificaciones más poderosas refleja la importancia creciente de los asentamientos fortificados en el modo de guerra de la antigüedad tardía. No siempre era posible el ataque directo a una base militar y las batallas en campo abierto ya no favorecían tan claramente al ejército romano.⁶⁰ La contención de las incursiones de enemigos más allá de la frontera cada vez era más difícil.

En la sección relativa a los asedios de la obra de Vegetio, aunque no faltan alusiones desde el punto de vista del atacante, la perspectiva que el autor adopta es más frecuentemente la del bando atacado. Ante estas situaciones, Vegetio recomendaba que las fuerzas romanas debían retirarse a sus plazas fuertes antes de

⁵⁶ ELTON, H., *Opus cit.*, p. 164.

⁵⁷ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 206.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ LUTTWAK, E., *Grand Strategy of the Roman Empire*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1979; BARACH, B. S., "Las murallas romanas", en PARKER, G., *Historia de la Guerra*, Akal, Madrid, 2010.

⁶⁰ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*

una invasión, tras reunir los suministros locales de alimentos⁶¹. De esta manera, se daría tiempo a la llegada de refuerzos para retirar el sitio del fuerte, o bien para realizar una nueva expedición de castigo en prevención de nuevas incursiones.

III. SOLDADOS Y GUERRA EN EL BAJO IMPERIO

El reclutamiento

Se conoce muy mal lo referente al reclutamiento en el siglo III, mientras que para los siglos IV y V tenemos algo más de información. La obra de Vegetio contiene una sección dedicada a fijar las normas para la correcta selección de reclutas, atendiendo a su procedencia geográfica, su edad, ocupación y características físicas. La leva, según Vegetio, debía ceñirse al inicio de la pubertad, para que el recluta tuviera tiempo de adquirir una buena formación militar.⁶²

Vegetio insiste en la necesidad de “escoger a los mejores reclutas, no sólo en el plano físico sino también en el plano moral.”⁶³ El reclutamiento se realizaba entre ciudadanos romanos y sólo excepcionalmente se recurría a esclavos. Entre los ciudadanos, estaban exentos del servicio militar los funcionarios civiles, los curiales, además de ciertas profesiones que la legislación romana denominaba infamantes: venteros, taberneros, cocineros, panaderos⁶⁴, y Vegetio opina que “los pescadores, los pajareros, los pasteleros, los tejedores y todos los que aparentemente tengan una ocupación propia de mujeres, deben mantenerse alejados de los campamentos”⁶⁵.

Un edicto del *Codex Theodosianus* del año 380 establece en términos muy similares a los de Vegetio, y también basándose en un argumento de tipo moral, la prohibición de formar parte del ejército a esclavos, empleados de tabernas y de burdeles, a cocineros, a panaderos y a todos aquellos que desempeñasen trabajos infamantes.⁶⁶ Ya en época alto imperial, Trajano se había mostrado intransigente respecto al reclutamiento de esclavos. En respuesta a una carta de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, en la que preguntaba al emperador acerca de dos hombres de esta categoría, éste respondió: “Es necesario saber si han sido voluntarios, o si han respondido a un llamamiento o si han sido entregados como sustitutos. Si han sido llamados, el reclutamiento es culpable; si han sido entregados como sustitutos, los culpables son quienes los han entregado; si han venido por voluntad propia, con pleno conocimiento de su condición, debe condenárseles a muerte”⁶⁷.

⁶¹ VEGET., *Epit.* IV, 7.

⁶² VEGET., *Epit.* VII, 3.

⁶³ VEGET., *Epit.* VII, 3.

⁶⁴ *Codex Theodosianus*, VII, 13, 8.

⁶⁵ VEGET., *Epit.* VII, 1.

⁶⁶ *Codex Theodosianus*, VII, 13, 8.

⁶⁷ PLIN., *Epist.*, X, 30.

Sin embargo, sabemos que ya en época de Marco Aurelio, las invasiones de cuados y marcomanos en el limes germano hicieron necesario recurrir a la práctica excepcional de reclutamiento de esclavos y gladiadores. En el 397, para hacer frente a la rebelión de Gildón en África, se pidió a los senadores que proporcionasen esclavos para enrolarlos en el ejército. En el 406, a raíz de la invasión de Italia por el godo Radagaiso, se hizo un llamamiento general para que todos tomaran las armas, incluidos los esclavos, con el aliciente de conseguir la libertad –*praemiun libertatis*– además de dos sólidos.⁶⁸

La leva (*dilectus*) estaba siempre encomendada a un ciudadano de posición social elevada. Normalmente era tarea del gobernador provincial, y en el caso de Italia existía un *dilector* elegido específicamente para esa labor. Con carácter extraordinario en situaciones de necesidad se enviaban responsables *missi ad dilectum* en el caso de Italia, *legati ad dilectum* en el caso de las provincias senatoriales, y *dilectores* para las provincias imperiales.

La duración del servicio en el siglo IV era de veinte años, exceptuando algunos cuerpos de *limitanei* de poco prestigio, donde los soldados debían servir durante veinticuatro años. Algunos eran voluntarios, pero parece que desde Diocleciano el servicio militar obligatorio era mucho más común que en períodos anteriores. Si bien es cierto que durante el Principado los soldados tenían prohibido casarse, el ejército ignoraba en la práctica esa norma, permitiendo a los soldados que formasen familias y reclutando muchas veces a los niños nacidos “en campamento” (leva de *origo castris*⁶⁹). Septimio Severo levantó esa prohibición en el año 197⁷⁰. Este hecho dio lugar a una legislación que obligaba a alistarse a todos los hijos de soldados nacidos durante o después del servicio, convirtiéndose la milicia en una carrera hereditaria. Constantino I estableció que los hijos de los soldados debían servir a las ciudades como curiales, o bien enrolarse en el ejército.⁷¹ En época imperial el *indictio*, un tipo de tributo basado en la propiedad de la tierra, que gravaba especialmente las comunidades rurales, constituía la forma de realizar levas forzosas anuales, donde cada comunidad era obligada a enviar una cuota determinada de hombres. En época de Trajano, Italia deja de ser cantera de legionarios y sólo se reclutan en ella centuriones y cuadros militares medios y superiores. Son entonces las provincias, y en particular las occidentales, las que proporcionan una enorme masa de legionarios. En ocasiones, la comunidad pagaba el *aurum tironicum*, un impuesto en metálico en sustitución de los reclutas, sistema éste que llevaba a la corrupción: algunos oficiales cobraban el impuesto y luego utilizaban una pequeña parte de él para encontrar voluntarios

⁶⁸ *Codex Theodosianus*, VII, 13, 16.

⁶⁹ Yann Le Bohec señala la conveniencia de utilizar este término en lugar del habitual *ex castris*, puesto que la proposición no se encuentra nunca en las inscripciones. *Vid.* LE BOHEC, Y., *Opus cit.*, p. 110.

⁷⁰ SMITH, R. E., “The Army Reforms of Septimius Severus”, en *Historia*, Núm. 21 (1972), pp. 481-500.

⁷¹ *Codex Theodosianus*, VII, 22, 1.

hasta cubrir la cuota original en reclutas. Se hicieron algunos intentos para corregir estas ilegalidades, sin que tuvieran mucho éxito.⁷²

Los intentos de los potenciales reclutas para rehuir el servicio militar fueron frecuentes a lo largo de todo el Imperio. Una de las prácticas empleadas era la automutilación –usualmente, cortarse los pulgares-. Constantino promulgó una ley por la cual los hijos de soldados mutilados de esta manera debían formar parte de las curias municipales. Con el paso de los años las medidas se radicalizaron de tal manera que en el 386 Valentiniano promulgó una ley por la cual los culpables de automutilación serían quemados vivos. A finales de este siglo, acabó adoptándose una estrategia diferente: en el 381 Teodosio estableció que este tipo de individuos aún estaban obligados al servicio y que dos hombres mutilados equivalían a un recluta normal.⁷³

Otro aspecto a contemplar es el del problema de las deserciones, presente durante toda la historia del ejército romano, y causado seguramente por las duras condiciones de la vida militar y la prolongada duración del servicio. Las fuentes tardías, de tipo literario y legislativo, recogen multitud de referencias a desertores, aunque no podemos saber si esta práctica se produce con mayor o menor frecuencia que en períodos anteriores. El capítulo 18 del libro VII del *Codex Theodosianus* contiene varias referencias que indican la existencia de oficiales específicamente encargados de la captura de los desertores. En el 403 se da autoridad a los provinciales para capturar y administrar justicia sobre los desertores militares so pretexto de que se trataba de alteradores de la paz común, aludiéndose a un problema del que las fuentes literarias también nos informan: la existencia de personajes que abandonaban el servicio militar y, no pudiendo regresar a su entorno, se dedicaban al saqueo y al bandidaje. Las penas aplicadas por las autoridades militares, de carácter ejemplar, eran variables, siendo de mayor dureza en períodos de guerra. Las fuentes literarias recogen un amplio abanico de castigos desde los azotes, la amputación de las manos o hasta la pena de muerte.⁷⁴

Barbarización del ejército

En el ejército bajo imperial, una cantidad importante de los reclutas procedía de comunidades de tribus bárbaras a las que se había permitido asentarse en el interior del Imperio. El tratado por el que se les asignaba la tierra solía incluir una cláusula que les obligaba a suministrar regularmente un número fijo de reclutas. Se les conocía por el nombre de *laeti* o *gentiles*, pero no solían servir en unidades diferenciadas, sino que recibían un trato similar al resto de soldados reclutados

⁷² LENSKI, N., *Failure of Empire: Valens and the Roman State in the Fourth Century A.D.*, University of California Press, London, 2002, p. 313.

⁷³ *Codex Theodosianus*, VII, 13, 10.

⁷⁴ *Digesto*, XLVIU, 19. 8, 2 y XLVIII. 19, 38, 1; n App., *Num.* 3; VALLEJO GIRVÉS, M., “Sobre la persecución y el castigo a los desertores en el ejército de Roma”, en *Polis*, Núm. V (1993), pp. 241 - 251.

forzosamente. El asentamiento en el Imperio de las tribus bárbaras a cambio de servicio militar no era un fenómeno nuevo en el siglo cuarto, sino que es conocido desde la época de Augusto⁷⁵. Sin embargo, parece que el establecimiento de asentamientos militares fue más sistemático y en una escala mucho mayor en el siglo cuarto⁷⁶. También se tomaban muchos enemigos de las afueras del Imperio. Al final de una guerra, los prisioneros solían ser obligados a enrolarse en el ejército, siendo alejados de sus lugares de origen. Un pueblo que hubiese sido derrotado también podría aportar un cierto número de guerreros como parte del tratado de paz impuesto por Roma. Algunos individuos decidían viajar hasta el Imperio y servir voluntariamente.

El reclutamiento de bárbaros no supone una novedad, pues ya en el Principado los *auxilia* incluían hombres ajenos a las provincias gobernadas directamente. En cualquier caso, no tenemos estadísticas fiables sobre la proporción de reclutamiento de extranjeros en el Bajo Imperio. La *Notitia* contiene un gran número de unidades con nombres bárbaros. Éstas fueron el resultado de la transformación de unidades irregulares de aliados que actuaban bajo las órdenes de sus propios jefes nativos (conocidos como *socii* o *foederati*) en formaciones regulares. Durante el Principado, las unidades regulares con nombres bárbaros no aparecen hasta el siglo III, y aun así lo hacen rara vez, como es el caso del ala *I Sarmatarum*, atestiguado en la Britania del siglo III, sin duda, una rama de caballeros sármatas establecida allí en el 175.⁷⁷

Se constata además la adopción por parte del ejército del siglo cuarto (especialmente en el *limes* germano) de ropas y costumbres bárbaras. Por ejemplo, algunas unidades adoptaron sobrenombres como *cornuti*, una referencia a la costumbre germana de fijar cuernos a sus cascos, y el *barritus*, un grito de guerra de origen germano⁷⁸.

La historiografía tradicional ha contemplado la abundante presencia de bárbaros en el ejército como un signo desesperado ante la escasez de reclutas, así como de la mala calidad de muchos reclutas provinciales. El ejército romano se barbarizó rápidamente, a medida que más y más reclutas y oficiales procedían de pueblos no civilizados y, en particular, de las tribus germánicas. Estos hombres tendrían pocas razones para mantenerse leales a Roma. El problema habría aumentado con el creciente empleo de *foederati*, unidades en las que los bárbaros servían bajo sus propios líderes tribales en lugar de bajo la autoridad de oficiales romanos. Se supone que el ejército romano degeneró hasta convertirse en una masa de bandas

⁷⁵ TÁCITO, *Germania* 28; DIO CASIO, LXXI.11.

⁷⁶ LEE, A.D., "The Army", en *Cambridge Ancient History 2nd Ed*, Vol. XIII (*The Later Empire 337–425*, Cambridge, 1997).

⁷⁷ DIÓN CASIO, LXXI

⁷⁸ VEGET., *Epit.* III, 18, 9.

mercenarias dirigidas por jefes bárbaros⁷⁹. A veces se considera este hecho como un factor fundamental para explicar la caída del Imperio Romano de Occidente.

Posiblemente, las críticas en las escasas obras tardías hacia la proliferación de bárbaros en el ejército sean causa de una exageración retórica, como afirma A. Goldsworthy⁸⁰. En general, las fuentes contemporáneas no parecen haberlo contemplado como un problema: los reclutas eran, a grandes rasgos, tan leales y eficientes como los demás, incluso luchando contra sus propios pueblos. A finales del siglo IV, muchos soldados importantes ya eran de ascendencia bárbara, aunque la mayoría de ellos habrían sido culturalmente asimilados por la aristocracia militar romana, la creencia de que la “barbarización” del ejército contribuyó a la caída de Roma ha sido ampliamente desacreditada en la actualidad.

Soldados y civiles

Con respecto a su homónimo del siglo II, el soldado del siglo IV recibía una paga con un valor muy modesto. Esto se debía a que el *stipendium*, pagado en denarios de plata degradada, tenía bajo Diocleciano un valor mucho menor que en el siglo II. Por ello la paga de los soldados debía ser suplementada con pagos en especie, que incluían ropa y raciones de forraje para los animales⁸¹. Otro ingreso complementario lo constituían los *donativa*, cantidades de dinero en efectivo entregadas ocasionalmente por los emperadores. La mayor parte de la vestimenta y el equipo la proporcionaba el Estado, que la obtenía a través de colectas provinciales o la producía en las *fabricae* o factorías imperiales referidas en la *Notitia Dignitatum*.

Las tropas *comitatenses* no tenían campamentos fijos, sino que vivían la mayor parte del tiempo acantonados en pueblos y ciudades, junto a la población –cuando no estaban en campaña; en ese caso, se establecían en campamentos temporales-. Ello provocaba desórdenes, y frecuentemente los civiles acusaban a los soldados de valerse de su fuerza para tomar más de lo que legalmente les correspondía. Las evidencias jurídicas parecen indicar que los soldados eran obligatoriamente alojados en casas particulares (*hospitalitas*)⁸².

En el siglo V, la escasa frecuencia con que los emperadores realizaban campañas en persona hizo que los *comitatus praesentales*, ejércitos de élite que acompañaban al emperador en las campañas militares, se hicieran más estáticos en sus bases de invierno, asemejándose a los *comitatus* regionales, que cambiaban sus cuarteles de invierno de acuerdo a las necesidades tácticas. El *comitatus praesentales* de Occidente normalmente tenía su base en Mediolanum (Milán) y

⁷⁹ La teoría de la “barbarización” deriva en última instancia de la obra magna de GIBBON, E., *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Debolsillo, Barcelona, 2003.

⁸⁰ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 208.

⁸¹ ELTON, H., *Opus cit.*, pp. 121-122; GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 209.

⁸² JONES, A. H. M., *Opus cit.*, pp. 631-632.

sus alrededores, mientras que los dos *comitatus* orientales se establecían en los alrededores de Constantinopla⁸³.

Los *limitanei*, por su parte, vivían normalmente en fuertes. Algunos fuertes construidos en épocas anteriores, como los de Housesteads y Great Chester en el muro de Adriano, muestran evidencias de grandes transformaciones en el diseño de los barracones hacia finales del siglo III. Un conjunto de habitaciones pareadas de *contubernium* fue acondicionado para convertirse en seis estancias individuales, cada una de ellas con sus propios muros exteriores y tejados, y separadas por estrechas callejuelas. En Housesteads (cita), estas estancias individuales varían en tamaño entre los ocho y los cinco metros, se les conoce con el nombre de “barracones-chalé”. Siempre hay menos de estos edificios respecto al número de habitaciones de *contubernium* que había en los antiguos bloques de barracones comunales. En la mayoría de estos chalés se han encontrado hogares. Una posibilidad es que estas estancias fueran las casas de uno o dos soldados y sus familias, indicando en tamaño decreciente de las unidades militares en época bajo imperial. No hay pruebas que apoyen esta teoría, cuya interpretación es aún más dudosa teniendo en cuenta que se han hallado barracones-chalé parecidos y datados a comienzos del siglo III. Goldsworthy apunta que las diferencias de diseño pueden indicar una actuación de mantenimiento más sencilla y menos costosa que la reconstrucción de los viejos barracones siguiendo el diseño antiguo⁸⁴.

La nueva religión: Cristianismo y ejército romano

Se constata que los soldados, tanto en los cultos a los dioses como en los funerarios, eran conservadores, manteniendo las tradiciones del paganismo romano⁸⁵. Esta actitud plantea un problema a los historiadores, pues las fuentes cristianas insisten, por el contrario, en la receptividad de los militares ante la fe cristiana. En el 174 –y el pagano Dion Casio también creía en ello⁸⁶–, la XII Legión Fulminata había obtenido de Dios una lluvia milagrosa que salvó al ejército. En la *Apologetica*, Tertuliano afirma en varias ocasiones que sus correligionarios llenaban los campamentos.⁸⁷ Los *Hechos de los apóstoles* registran la conversión de Cornelius, centurión de una cohorte itálica, por San Pedro.⁸⁸ También hay menciones de cristianos sirviendo como soldados en la guardia pretoriana del siglo III: el tratado *Sobre la corona* muestra a un pretoriano que prefiere morir a realizar sacrificios.

No obstante, en el 295 un tal Maximiliano fue convocado al servicio militar mediante la leva anual. Éste declaró: “No puedo servir en el ejército; no puedo

⁸³ ELTON, H., *Opus cit.*, p. 208.

⁸⁴ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 212.

⁸⁵ LE BOHEC, Y., *Opus cit.*, pp. 349-350.

⁸⁶ DION CASIO, LXXI, 9-10.

⁸⁷ TERTULIANO, *Apol.*, 37, 4.

⁸⁸ *Hechos de los Apóstoles*, 10, 34.

hacer el mal, soy cristiano” (*“Non possum militare; non possum malefacere. Christianus sum”*). Su negativa le condujo al martirio.⁸⁹

Parece ser, por tanto, que la actitud de los primeros cristianos hacia el servicio militar era variable.

Los soldados romanos actuaban con frecuencia como agentes del Estado en la persecución de la iglesia cristiana primitiva. Sin embargo, es importante recordar que en los siglos I y II d. C. la represión del culto cristiano era esporádica y no estaba dirigida por una autoridad central. Los emperadores romanos, en general, no veían la nueva religión como un problema: la mayor parte de las persecuciones eran causadas por arranques periódicos de hostilidad y sospechas en el seno de las comunidades locales. En el 251, la situación cambió: Decio ordenaba la persecución del nuevo culto en todo el Imperio. Sobre todo en Egipto, numerosos soldados sufrieron persecución a lo largo de todo el siglo III; también con Galieno, en Judea. Pero serían Diocleciano y Maximino quienes aplicarían esa política con mayor rigor, hasta llegar incluso a aniquilar la “Legión Tebana”, contaminada a sus ojos casi por entero.

Estas persecuciones se explican, según Le Bohec, por varios motivos⁹⁰: desde el punto de vista teológico, era imposible realizar ningún tipo de sincretismo entre los dioses del ejército, tan necesarios para mantener la disciplina, y el Dios cristiano; por otro lado, los cristianos no podían celebrar ritos idólatras; por último, una moral exigente hacía notar la incompatibilidad existente entre el juramento (*sacramentum*) prestado al Estado y los sacramentos (*sacramentum* tiene también ese mismo sentido); incluso podía llegar a prohibirse a los cristianos verter sangre, de tal manera que ciertos emperadores han visto en ellos “objetores de conciencia”⁹¹ y “desertores”⁹²; algunos escritores han acusado incluso a este movimiento de haber causado el hundimiento de las defensas del Imperio y de haber permitido las invasiones germánicas.

De hecho, los Padres de la Iglesia exageraron. Sólo una minoría herética, influida por el montanismo, buscó el martirio. No sería hasta más tarde cuando el cristianismo penetraría en el ejército romano.

En el año 312, Constantino destruyó el ejército de su rival Magencio en la batalla del Puente Milvio, en las afueras de Roma. El emperador afirmó haber recibido una visión de la cruz en el cielo, ordenando a sus soldados, como consecuencia, que pintasen el símbolo de Cristo, las letras griegas xi y ro, sobre sus escudos. Al año siguiente, Constantino y el emperador de Oriente, Licinio, proclamaron la libertad de culto para los cristianos de todo el Imperio. Constantino promovió la nueva religión activamente durante su reinado, aunque no de modo exclusivo. Sin embargo, no fue bautizado hasta poco antes de su muerte. El impacto de la

⁸⁹ MUSURILLO, 244, 16-246,1; SINISCALCO, P., *Massimiliano: Un obiettore di coscienza del tardo impero. Studi sulla Passio S. Maximiliani*, Paravia, Turín, 1974.

⁹⁰ LE BOHEC, Y., *Opus cit.*, p. 350.

⁹¹ SINISCALCO, P., *Opus cit.*, 1984.

⁹² BEURLIER, E., *Les chrétiens et le service militaire*, 1982.

adopción del cristianismo en el ejército romano fue, en muchos aspectos, suave⁹³: las ceremonias de la nueva religión sustituyeron a las de las antiguas del ritual militar. A mediados del siglo V, todas las unidades del ejército de Oriente tenían un capellán: probablemente, su introducción había sido muy anterior tanto allí como en occidente. La nueva fe no alteró significativamente los métodos de guerra romanos.

La guerra

La obra de E. Luttwak, *Grand Strategy of the Roman Empire* (1976), relanzó la tesis de Th. Mommsen que afirmaba que en los siglos III y IV, la estrategia de defensa del Imperio cambió, de la "defensa avanzada" (o "defensa excluyente") del Principado, a la "defensa en profundidad" en el siglo cuarto. Según Luttwak, el ejército del Principado se había basado en la neutralización de las incursiones bárbaras de manera inminente, antes de que éstas llegaran a las fronteras imperiales. Esto se logró al emplazar unidades (tanto legiones como regimientos auxiliares) justo en la frontera y estableciendo guarniciones y puestos avanzados estratégicos más allá de ella. La respuesta a cualquier amenaza podía, por tanto, ser un movimiento en pinza hacia el territorio de los bárbaros: las grandes fuerzas de infantería y caballería del *limes* podían cruzar la frontera rápidamente para interceptar al ejército enemigo⁹⁴.

Según Luttwak, el sistema de defensa avanzada siempre fue vulnerable a concentraciones de efectivos bárbaros inusualmente grandes, ya que el ejército romano estaba demasiado disperso a lo largo de las fronteras como para hacer frente a grandes amenazas. Además, la falta de reservas en la parte trasera de la frontera implicaba que si una fuerza bárbara lograba penetrar en las fronteras, tendría la capacidad indiscutible para penetrar en el interior del Imperio antes de que los refuerzos de otras guarniciones fronterizas pudieran llegar a interceptarlos⁹⁵.

Por el contrario, el sistema de defensa en profundidad, de acuerdo con Luttwak, estaría caracterizado por la aceptación de las propias provincias fronterizas romanas como escenario de combate contra las amenazas de los bárbaros, en lugar de tener lugar éste más allá del *limes*. Con esta estrategia, las fuerzas de la frontera no intentarían repeler una incursión de gran tamaño, sino que se retirarían a las plazas fortificadas en espera de que los refuerzos de *comitatenses* llegasen e interceptasen al enemigo. Las fuerzas de frontera serían sustancialmente más débiles que en la defensa avanzada, pero su reducción en número (y calidad) sería compensada por la creación de fortificaciones más poderosas donde resguardarse.⁹⁶

⁹³ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 212.

⁹⁴ LUTTWAK, E., *Opus cit.*, Fig.3.3.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 136.

⁹⁶ *Ibidem*.

La validez de la tesis Luttwak ha sido fuertemente cuestionada por una serie de estudiosos, sobre todo por B. Isaac, autor de un estudio sobre el ejército romano de Oriente. Según Isaac, el Imperio no tenía la capacidad de inteligencia o un plan militar centralizado para mantener una estrategia a tal nivel, entre otras razones porque no había equivalente al Estado Mayor de un ejército moderno. En cualquier caso, afirma Isaac, el Imperio no estaba interesado en la "defensa" total: su postura ideológica y militar era esencialmente agresiva, incluso en el siglo IV⁹⁷.

Por otra parte, la teoría defensiva carece de evidencias que la corroboren. No hay pruebas, ya sea en la *Notitia Dignitatum* o en el registro arqueológico, de que hubiese unidades a lo largo del Rin o del Danubio que se encontrasen estacionadas en el interior de las fronteras. Por el contrario, prácticamente todas las fortalezas identificadas como construcciones u ocupaciones en el siglo cuarto en el Danubio, están situadas muy próximas al río, algunas incluso después de él, en una disposición sorprendentemente similar a la del siglo II.⁹⁸

Otro elemento a favor de la supuesta "defensa en profundidad", fueron los *comitatus praesentales* (ejércitos-escolta del emperador), estacionados en el interior del Imperio. Un punto de vista tradicional es que estos ejércitos de escolta constituían una reserva estratégica de última instancia, que podría interceptar invasiones bárbaras muy grandes, una vez que éstas hubieran logrado penetrar en el interior del Imperio (como las invasiones del siglo III). Pero el propio Luttwak admite que estas tropas estaban demasiado lejos del *limes* para poder interceptar las invasiones⁹⁹. Lo más probable es que la función principal de estos ejércitos *praesentales* fuera la de evitar las usurpaciones¹⁰⁰.

Por otra parte, el Bajo Imperio mantuvo una característica esencial de la defensa avanzada del Principado: un sistema de tratados de asistencia mutua con las tribus que vivían en las fronteras imperiales. Los romanos se comprometían así a defender al aliado de los ataques de sus vecinos. A cambio, el aliado prometía abstenerse de hacer incursiones en territorio imperial, y evitar que las tribus vecinas hiciesen lo propio. Aunque oficialmente los aliados tenían el estatus de *tributarii* (es decir, estaban sujetos al pago de tributos a Roma, en efectivo o en especie), en la práctica la lealtad del aliado fue asegurada a menudo gracias a las donaciones o subvenciones regulares de Roma. Esta práctica se aplicó en todas las fronteras¹⁰¹. En el siglo IV, se constata que los romanos seguían prestando asistencia a sus aliados para defenderse. Es el caso de Constantino I, que construyó dos líneas defensivas, entre cien y doscientos cincuenta kilómetros más allá del Danubio, con un total aproximado de mil quinientos kilómetros de

⁹⁷ ISAAC, B., *The Limits of Empire: The Roman Army in the East*, Oxford University Press, Oxford, 1990.

⁹⁸ LE BOHEC, *Opus cit.*, p. 192.

⁹⁹ LUTTWAK, E., *Opus cit.*, p. 190.

¹⁰⁰ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 170.

¹⁰¹ JONES, A. H. M., *Opus cit.*, p. 611.

longitud, guarnecidas por tropas de composición romana y nativa, para proteger a las tribus sármatas y dacias de las incursiones godas.

Vemos, por tanto, que el ejército tardío mantenía muchas de las características estratégicas del ejército del Principado, perdiendo fuerza la teoría de la defensa en profundidad. Sin embargo esta hipótesis es aún ampliamente discutida.

En cuanto al origen y características de las amenazas, éstas eran diferentes dependiendo de cada frontera. En el Este presionaban los persas sasánidas, que a principios del siglo III habían suplantado a los partos. Los sasánidas eran unos vecinos grandes y poderosos, y en algunas pocas ocasiones sus ejércitos penetraron profundamente en las provincias orientales romanas, a veces incluso llegando a amenazar Antioquía.

Los romanos invadían Persia con mayor frecuencia. Las expediciones seguían la misma ruta a lo largo del Éufrates que habían seguido los antiguos emperadores, como Trajano, Lucio Vero y Septimio Severo. Ninguno de los bandos fue capaz de convertir los éxitos temporales en ocupaciones permanentes. En general, tanto los romanos como los persas centraron sus esfuerzos en controlar las regiones periféricas de sus respectivos imperios. Las batallas campales eran poco frecuentes, siendo la incursión por sorpresa la actividad más habitual. Normalmente esta función la desempeñaban soldados escogidos entre los pueblos locales nómadas. Las plazas fuertes asumían una importancia crítica en las campañas: desde esas bases operaban los saqueadores o las fuerzas de intercepción. Sólo el bando que controlase esos asentamientos fortificados podía optar a dominar el área circundante. El sitio de una fortaleza de este tipo implicaba mucho tiempo y esfuerzo y conllevaba grandes posibilidades de fracaso, poniendo el peligro el prestigio del líder. A veces la determinación y habilidad de los atacantes eran inadecuadas, pero los asedios solían terminar con mayor frecuencia cuando el ejército de campo llegaba en apoyo de los defensores. La mayor parte de las batallas que se libraban se reducían a esas circunstancias¹⁰².

En las demás fronteras, el problema constituido por los pueblos tribales seguía siendo el mismo que en época del Principado. No hay ninguna razón para suponer que las confederaciones tribales que surgían periódicamente fuesen mayores que las que habían formado en ocasiones anteriores para enfrentarse a los romanos. Ciertamente, tanto en táctica como en estrategia, las prácticas militares de las tribus germanas no habían experimentado cambios significativos. Los *limitanei* lidiaban con ataques a pequeña escala. Las incursiones grandes, las que llevaban a cabo varios cientos de guerreros o más, no podían ser obstaculizadas por ellos, de modo que se buscaba refugio en fuertes o pueblos fortificados, para esperar apoyos armados o para acosar al enemigo en su posterior retirada. Las batallas eran tan escasas en estas fronteras como en Oriente. El objetivo romano era moverse con rapidez y golpear por sorpresa. Siempre que fuese posible, se

¹⁰² GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, pp. 214-215.

emboscaba o tomaba por sorpresa a las incursiones bárbaras, de modo que su derrota fuese relativamente segura y se redujesen las bajas romanas al mínimo. De algún modo, el reconocimiento de que muchos ataques no podían ser detenidos antes de alcanzar los sectores asentados de las provincias constituía un cambio respecto al período anterior.

Sin embargo y en esencia, la mayoría de los principios de la guerra de fronteras siguieron siendo los mismos¹⁰³. Si los romanos aparentaban debilidad, serían atacados. La defensa de las fronteras seguía basada principalmente en la ostentación aparente de un poder arrollador, para evitar desde el principio toda incursión. Tal apariencia se conseguía mediante una combinación de diplomacia, un énfasis en infligir muchas bajas al enemigo, aunque se hiciese mientras éste se retiraba, y las expediciones agresivas hacia los territorios tribales para instigar el miedo a las capacidades militares de Roma. En general, es ejército cumplió esta tarea con efectividad hasta principios del siglo V. De todas formas, las guerras civiles debilitaban al ejército, aunque fuese temporalmente, incrementando la posibilidad de sufrir pequeñas derrotas en zonas de frontera. Cada uno de estos fracasos, aunque menor, disminuía el respeto por el poder militar romano si no era vengado con rapidez.

Las batallas eran sucesos extraños en las guerras contra enemigos extranjeros en todas las áreas de frontera. Sin embargo, la posibilidad de que una batalla produjese un resultado decisivo permitió que muchas guerras civiles se resolviesen mediante un encuentro de este tipo. Las pequeñas unidades bajo imperiales estaban especialmente adaptadas a la guerra móvil a pequeña escala de las fronteras, pero también funcionaban con efectividad como parte de grandes ejércitos para combates en masa. Como en períodos anteriores, el ejército siguió desplegándose en más de una línea, manteniendo al menos la mitad de las fuerzas en reserva. Los generales romanos todavía controlaban la batalla del modo tradicional, animando y arengando a sus hombres un poco por detrás de la línea de batalla y disponiendo el envío de tropas de refuerzo. En muchos aspectos las tácticas de las unidades seguían siendo las mismas que en períodos anteriores, aunque la infantería cerrada romana parece haber sido un poco menos agresiva. Amiano Marcelino habla de legionarios romanos cargando en embestida, pese a la inevitable pérdida de orden, para cubrir la distancia que les separaba de los arqueros persas.¹⁰⁴ No obstante, en muchas otras batallas tendían a permanecer a la defensiva. La infantería romana formaría una línea muy densa y bombardearía al enemigo con jabalinas, dardos y quizá alguna otra lanza más pesada, y con frecuencia con flechas que disparaban los arqueros desde las líneas traseras. También hay testimonio del empleo del *barritus*¹⁰⁵, ya mencionado anteriormente, un grito de guerra de origen germánico: comenzaba con un bajo murmullo, en el que los soldados acercaban los escudos a sus bocas para crear un efecto de eco, aumentando progresivamente el sonido. Estas prácticas contrastaban con el

¹⁰³ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, pp. 213-214.

¹⁰⁴ AMIANO MARCELINO, *Hist.* XXV, 1, 12.

¹⁰⁵ VEGET., *Epit.* III, 18, 9.

avance lento y silencioso, el lanzamiento de *pilum* a la distancia correcta y la carga vociferante de los legionarios romanos de períodos anteriores. En muchos aspectos, no obstante, era más similar al comportamiento de la antigua milicia armada republicana.¹⁰⁶

IV. CONCLUSIÓN

El ejército romano tardío era una fuerza de combate poderosa, considerablemente más eficaz de las de sus contemporáneos. Aunque mantuvo características esenciales del ejército del Principado, e incluso algunas del ejército republicano, supo realizar las transformaciones necesarias para adaptarse a las nuevas amenazas. Esta capacidad de adaptación, desde su génesis, es una característica fundamental al ejército romano, que no tenía reparos en adoptar y evolucionar elementos de los pueblos conquistados que consideraba prácticas innovaciones.

Si bien es cierto que algunos de los sucesos clave que marcaron el declive del Imperio de occidente fueron derrotas militares, sería un error considerar que la causa de su caída fue su inadecuado sistema militar. El debilitamiento de la autoridad central, los problemas económicos y sociales, y sobre todo, la sucesión de guerras civiles, erosionaron la capacidad política de mantener este nivel de efectividad del ejército. Un ejército profesional permanente, bien equipado, organizado y disciplinado, era una institución muy cara de mantener, pero también era una institución peligrosa: ningún emperador podía estar seguro de si había la mínima posibilidad de que el ejército apoyase a un usurpador. Los emperadores bizantinos se las arreglaron para mantener un ejército que combinase un razonable nivel de eficacia con una lealtad relativamente fiable: así, conocieron largos períodos de estabilidad política que, a su vez, permitieron la prosperidad necesaria para costear el mantenimiento de esa fuerza armada. Por razones diversas, muchas de ellas imposibles de controlar, los últimos emperadores de Occidente fueron incapaces de obtener ese equilibrio: el ejército se marchitó conjuntamente con el gobierno central que, de formas diversas, lo había mantenido durante siglos.

A finales del siglo V, el ejército romano de Occidente dejó de existir. En el Este, los emperadores siguieron gobernando durante un milenio, conservando gran parte de la cultura de Roma y muchas de las instituciones militares.

¹⁰⁶ GOLDSWORTHY, A., *El ejército...*, p. 214.

Bibliografía

ALONSO NÚÑEZ, J.M., *La visión historiográfica de Amiano Marcelino*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 1975.

BISHOP, M. C., COULSTON, J. C. N., *Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome*, Batsford, Londres, 1993.

BISHOP, M. C., “The Production and Distribution of Roman Military Equipment. Proceedings of the Second Roman History Equipment Research Seminar [B.A.R.275.]”, en *British Archaeological Reports*, Oxford, 1985.

CAMERON, A., *El Bajo Imperio Romano: 284-430 d. de C.*, Encuentro, Madrid, 2001.

COELLO, T., “Unit sizes in Late Roman Army”, en *British Archaeological Reports International Series 645, Tempus Reparatum*, Oxford 1996.

CONNOLLY, P., *Las legiones romanas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.

DUNCAN-JONES, R., *Structure and Scale in the Roman Economy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

ELTON, H., *Warfare in Roman Europe, AD 350-425*, Clarendon, Oxford, 1996.

GIBBON, E., *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Debolsillo, Barcelona, 2003.

GOODBURN, R., BARTHOLOMWE, P., *Aspects of the Notitia Dignitatum*, Oxford, 1976.

GOLDSWORTHY, A., *El ejército romano*, Akal, Madrid, 2005.
_____, *Roman Warfare*, Cassel, Londres, 2000.

HOLDER, P. A., “Auxiliary Deployment in the Reign of Hadrian”, en WILKES, J. J., *Documenting the Roman Army. Essays in Honour of Margaret Roxan*, Institute of Classical Studies, Londres, 2003.

ISAAC, B., *The Limits of Empire: The Roman Army in the East*, Oxford University Press, Oxford, 1990.

JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire, 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey*, The John Hopkins University Press, 1986.

LE BOHEC, Y., *El ejército romano*, Ariel, Barcelona, 2004.

LEE, A.D., *The Army, Cambridge Ancient History 2nd Ed*, vol. XIII (*The Later Empire 337–425*), Cambridge, 1997.

LENSKI, N., *Failure of Empire: Valens and the Roman State in the Fourth Century A.D.*, University of California Press, London, 2002.

LUTTWAK, E., *Grand Strategy of the Roman Empire*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1979.

MACMULLEN, R., “How Big was the Roman Army?”, en *Klio*, Núm. 62 (1980), pp. 451-460.

MATTINGLY, H. Y SYDENHAM, E. A., *The Roman imperial coinage*, vols. II-V, Spink & son, Londres, 2001

MENÉNDEZ ARGÜÍN, A. R., “Evolución del armamento del legionario romano durante el siglo III y su reflejo en las tácticas”, en *Habis*, Núm. 31 (2000), pp. 327-344.

NEIRA FALEIRO, C., *La "Notitia Dignitatum": nueva edición crítica y comentario histórico*, Tesis doctoral dirigida por Javier Arce, Universidad Complutense, Madrid, 1998.

SINISCALCO, P., *Massimiliano: Un obietto di coscienza del tardo impero. Studi sulla Passio S. Maximiliani*, Paravia, Turín, 1974.

SMITH, R. E., “The Army Reforms of Septimius Severus”, en *Historia*, Núm. 21 (1972), pp. 481-500.

SOUTHERN, P., *The Roman Army: A Social and Institutional History*, ABC-Clio, Santa Bárbara, California, 2006.

SPEIDEL, M. P., “Raising New Units for the Late Roman Army: *Auxilia Palatina*”, en *Dumbarton Oaks Papers*, Núm. 50 (1996), pp. 163-170.

VALLEJO GIRVÉS, M., “Sobre la persecución y el castigo a los desertores en el ejército de Roma”, en *Polis*, Núm. 5 (1993), pp. 241-251.

WHEELER, E. S., “La legión como falange”, en *Chiron*, Núm. 9 (1979), pp. 303-318.

WILKES, J. J., *Documenting the Roman Army. Essays in Honour of Margaret Roxan*, Institute of Classical Studies, Londres, 2003

Fuentes consultadas:

MOMMSEN, Th. (Ed.), *Codex Theodosianus*, VII, 13, 8, Weidmann, Hildesheim, 2006.

PANIAGUA AGUILAR, D. (Trad.), *Flavio Vegecio Renato, Compendio de técnica militar*, Cátedra, Madrid, 2004.

WILLIAM, F.: *Notitia Dignitatum or Register of Dignitaries*, en *Translations and Reprints from Original Sources of European History*, Vol. VI: 4, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1990.